I. EL HOMBRE Y LA OCASIÓN

Todo hombre nace con el germen de la obra que ha de cumplir en esta vida. — LOWELL.

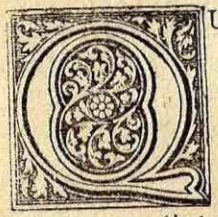
Las cosas del mundo no varían hasta que alguien las hace variar.—GARFIELD.

Acechar la ocasión, asirla con audaz habilidad y aprovecharla con enérgica perseverancia, tales son las virtuales condiciones del éxito. — AGUSTÍN PHELPS.

Encontraré mi camino o me lo abriré yo mismo.

No hay día que no traiga consigo la ocasión de hacer un bien nunca hecho hasta entonces, y que ya jamás podrá hacerse.— W. H. BURLEIGH.

¿Tienes algún anhelo? Pues aprovecha este mismo instante y *comienza* al punto lo que puedas o lo que pienses hacer.



UÉ dirá el mundo si triunfamos? —preguntó el capitán Berry cuando Nelson hubo explicado al consejo de oficiales su plan antes de la batalla de Abukir. —No hay que decir *si* triunfamos —replicó Nelson —, porque nuestra victoria es segura. Pero quién sobrevivirá para contarla ya es otra cosa. Después, cuando terminado el Consejo se disponían los oficiales a tomar el

mando de sus respectivos buques, añadió: Mañana a estas horas habré ganado la dignidad de par o una tumba en Westminster. Su sagaz y osado espíritu vió la oportunidad de victoria donde los demás tan sólo veían probabilidades de derrota.

— *¿Es posible* pasar por ahí? —preguntó Napoleón a los ingenieros que había enviado a explorar el paso de San Bernardo.

—Tal vez, porque está en los límites de lo posible —respondieron vacilantemente.

— Pues adelante — repuso Bonaparte sin reparar en las, al parecer, insuperables dificultades. Inglaterra y Austria sonrieron despectivamente al saber que su enemigo proyectaba llevar a través de los Alpes, no rodados todavía por rueda alguna ni con probabilidad de que los rodara, un ejército de seiscientos mil hombres con poderosa artillería y toneladas de municiones, bagajes e impedimenta. Pero Masena estaba sitiado en Génova, los victoriosos austriacos amenazaban a Niza y no era Napoleón capaz de olvidarse de los suyos en la hora del peligro.

Una vez cumplida esta proeza, que parecía imposible, echaron de ver muchos que hubiera podido realizarse largo tiempo antes. Otros se excusaron de arremeter contra tan enormes obstáculos, diputándolos por insuperables. Algunos caudillos

dispusieron de los elementos necesarios, de herramientas a propósito y de robustos soldados; pero no tenían la resolución de Bonaparte, que no se dejó atemorizar por las dificultades, aunque parecieran graves, sino que transmutó la necesidad en dominada coyuntura.

Acababa de lastimarse gravemente el general Grant al caer del caballo en Nueva Orleans, cuando recibió la orden de tomar el mando de la guarnición de Chattanooga, tan estrechamente cercada por los confederados, que de allí a pocos días no hubiera tenido más remedio que rendirse, pues en las colinas circundantes brillaban las luces del campamento enemigo que había cortado el aprovisionamiento de la ciudad. Aunque resentido de la caída, tomó Grant sin tardanza las disposiciones necesarias para trasladarse al nuevo campo de acción. En transportes cruza el Misisipí, el Ohio y uno de sus afluentes; en una litera arrastrada por caballos atraviesa muchas millas de yermo, hasta que, por fin, logra entrar en la ciudad a hombros de cuatro soldados y asume el mando de las tropas sitiadas. De pronto muda el aspecto de las cosas. Ha llegado un *gobernador equivalente a la situación*. Las tropas notan su influjo. Antes de poder montar de nuevo a caballo, ordena una salida; y aunque los sitiadores defienden el terreno palmo a palmo, muy luego co-

ronan las colinas los soldados de la Unión.

¿Determinó este éxito la casualidad o fué provocado por la indómita resolución del herido general?

De la propia suerte obtuvieron éxito cuantos de las circunstancias se adueñaron para conseguirlo.

Horacio Cocles y sus dos compañeros cierran el paso a noventa mil etruscos, hasta destruir el puente del Tíber; Leónidas estorba en las Termópilas la marcha de Jerjes; Temístocles desbarata en las costas de Grecia la escuadra persa; César, al ver el desaliento de sus tropas, empuña la lanza, embraza el escudo, y poniéndose a su frente, las rehace y muda la derrota en victoria; Winkelried agolpa en su torno un puñado de lanzas austriacas, y, arremetiendo contra el enemigo, abre paso a sus cercados compañeros; Napoleón gana año tras año cuantas batallas dirige en persona; Wellington pelea en diversos climas sin sufrir una derrota; Perry desecha el inútil *Lawrence* para embarcar en el *Niágara* y vencer a los ingleses; Sheridan llega a Winchester a punto que la retirada de los unionistas iniciaba la derrota, y con fogosa arenga enardece a las tropas; Sherman avisa a sus soldados que se mantengan firmes en la resistencia y ellos resisten valerosamente al saber que se acercaba su caudillo.

La historia nos ofrece mil ejemplos de hombres

que aprovecharon la ocasión de realizar hazañas que los irresolutos hubieran tenido por imposibles.

Bien es verdad que tan sólo hubo un Napoleón; pero también es cierto que los Alpes, cuya mole cierra el camino de la mayor parte de la juventud, no son tan altos ni tan peligrosos como las cumbres atravesadas por el gran corso. Así es que no hemos de esperar ocasiones extraordinarias, sino *acrecentar por el aprovechamiento las ordinarias.*

En la madrugada del 6 de septiembre de 1838, la torrera del faro de Longstone, en la frontera de Inglaterra y Escocia, se despertó sobresaltada por gritos de angustia que resonaban entre el fragor del viento y de las olas. La furiosa tempestad no dejaba entender las voces; pero el catalejo descubrió nueve náufragos asidos al molinete de un desmantelado buque, cuya proa se había hendido entre las rocas. El torrero, que se llamaba Guillermo Darling, exclamó:

— Nada podemos hacer por salvarlos.

Pero su hija repuso, suplicante:

— ¡Oh sí! tenemos el deber de intentarlo.

Entonces, conmovido el padre por las lágrimas de la muchacha, le dijo:

— Bien; me dejaré persuadir, aunque vaya contra mi opinión.

Padre e hija embarcaron en un bote que, ligero como pluma arrastrada por el torbellino, se inter-

nó en el tumultuoso mar cuyas embravecidas olas amenazaban volcarlo; pero los angustiosos gritos de los náufragos parecían convertir los débiles nervios de la joven en aceradas cuerdas que, sin saber de dónde, recibieron inesperado vigor, y entre ella y su padre salvaron a los nueve náufragos. Uno de éstos miró asombrado a la heroica doncella, y le dijo:

— Dios te bendiga. Eres una excelente inglesa.

Aquel día la hija del torrero de Longstone realizó una proeza mucho más valiosa para Inglaterra que las hazañas de sus reyes.

Cuenta Jorge Cary Eggleston que cierto día un rico caballero veneciano, llamado Faliero, había dispuesto en su casa un suntuoso convite. Poco antes de la hora señalada, el confitero encargado de confeccionar el adorno central de la mesa mandó aviso diciendo que se le había estropeado la pieza. Entonces el marmitón de la cocina, muchacho de poca edad, se adelantó al maestresala y le dijo:

— Si usted me lo permite, me parece que podré hacer algo a propósito.

— ¡Tú! — exclamó el maestresala con aire de asombro. — ¿Y quién eres tú?

— Soy Antonio Canova, nieto del escultor Pisano.

— ¿Y qué vas a hacer?

— Si usted me lo permite, haré un adorno para el centro de la mesa.

El maestresala, que ya no sabía cómo salir del apuro, le dijo al muchacho que hiciera según le pareciese, y al punto modeló con mantequilla un hermoso león agachado, que el atónito maestresala colocó en el centro de la mesa.

Llegada la hora del festín, entraron en el comedor los convidados, entre quienes había ricos mercaderes y príncipes de la nobleza veneciana, muy entendidos algunos de ellos en obras de arte. Al ver el león de mantequilla, olvidaron los convidados el objeto que allí les congregaba y se absorbieron en la admiración de tan genial obra de arte, preguntando después al dueño de la casa qué famoso escultor se había entretenido en emplear su habilidad en material de tan fugaz consistencia. Respondió Faliero que lo ignoraba; pero preguntado por ello el maestresala, presentó ante los comensales al marmitón autor de la escultura, en cuyo obsequio prosiguió la fiesta desde aquel punto, por la admiración que en todos produjo el insólito caso de haber modelado en tan poco tiempo, un humilde marmitón, la magnífica figura. El dueño de la casa prometió costear los estudios del muchacho bajo la dirección de los mejores maestros, y cumplió su palabra. Antonio Canova no se ufanó de tan buena fortuna, sino que siempre fué

el modesto, aplicado y fiel chicuelo que no había tenido ocasión de explayar sus facultades artísticas en el taller de Pisano. Tal vez algunos no supieran cómo aprovechó el niño Antonio la primera ocasión que se le deparaba; pero todos sabemos que Canova fué uno de los escultores más eminentes del mundo.

Los débiles esperan la ocasión; los fuertes la provocan. Dice a este propósito E. H. Chapin:

> Los hombres de más valer no son quienes esperaron la oportunidad, sino quienes la acecharon, cercaron y rindieron a su servicio.

Seguramente que, entre un millón de probabilidades, no habrá una favorable; pero a menudo se nos deparan ocasiones que podríamos aprovechar ventajosamente con sólo resolvernos a la obra. La falta de ocasión es la sempiterna excusa de los débiles y vacilantes ánimos. ¡Ocasiones! De ellas está llena la vida de todo hombre. Lo son las lecciones recibidas primero en la escuela y después en la vida. Lo son los artículos periodísticos, el trato de gentes, las conferencias oídas, los negocios concluídos. Ocasiones nos depara el ser corteses, valerosos, honrados y afables. Toda muestra de confianza que recibimos es una ocasión. Toda responsabilidad cargada sobre nuestras fuerzas y nuestro honor es de inestimable valía.

La vida es el privilegio del esfuerzo, y cuando este privilegio se concentra en un hombre digno de él, las ocasiones se van sucediendo, en correspondencia con sus aptitudes, más rápidamente de lo que le cabe aprovecharlas. Si un esclavo como Federico Douglass, que ni tan sólo era dueño de su cuerpo, logró merecer fama de orador, publicista y político ¿qué no podrá hacer el niño de raza blanca cuyas oportunidades exceden a las de que dispuso Douglass?

El hombre perezoso, no el trabajador infatigable, se está quejando siempre de falta de ocasión y de tiempo. Algunos jóvenes cosecharán más fruto de ratos substraídos a la ociosidad y de ocasiones incompletas, pero cuidadosamente aprovechadas, que otros en toda su vida. Como las abejas, liban miel de todas las flores. Cada persona a quien tratan, cada circunstancia cotidiana añade algo al caudal de conocimientos útiles y potencias personales.

Dijo cierto purpurado que la Fortuna visita a todos los hombres una vez en la vida; pero si ve que no están en disposición de recibirla, entra por la puerta y sale por la ventana.

Cornelio Vanderbilt echó de ver que el buque de vapor le deparaba ocasión favorable, y determinóse a emplear su actividad en la navegación transatlántica. Con mucha sorpresa de sus amigos,

dió de mano a los negocios en que prosperaba y se encargó del mando de uno de los primeros vapores botados al agua, con mil dólares de sueldo anual. Por entonces, Livingston y Fulton habían obtenido el privilegio exclusivo de la navegación a vapor en aguas de Nueva York; pero Vanderbilt opinaba que este privilegio era contrario a la ley constitucional y no cesó en el empeño hasta lograr su abrogación. Pronto fué propietario de un buque, y cuando el gobierno sacó a concurso la conducción del correo, ofrecióse Vanderbilt sin subvención alguna y en mejores condiciones que los demás solicitantes. Aceptó el gobierno la oferta y con ello vió el armador aumentar enormemente la carga y pasajeros en su nave.

Previó Vanderbilt el hermoso porvenir reservado a los ferrocarriles en un país como los Estados Unidos, y se lanzó a empresas ferroviarias, cuya organización lleva todavía el nombre de Vanderbilt.

El joven Felipe Armour atravesó los yermos americanos con toda su hacienda metida en un carromato tirado por mulas. Durante mucho tiempo trabajó de firme en las minas y con sus ahorros pudo emprender seis años después, en Milwaukee, negocios por su cuenta, que al cabo de nueve años le agenciaron un capital de 500.000 dólares. Pero vió favorable coyuntura de lucro en la orden que

de ir contra la ciudad de Richmond dió el general Grant, pues si la tomaba quedaría casi vencida la rebelión y la cecina de cerdo bajaría hasta doce dólares la barrica. Previendo esta contingencia, se presentó una mañana de 1864 en casa de su socio Plankinton y le dijo:

—Salgo para Nueva York en el primer tren, con propósito de liquidar las existencias.

En efecto, apenas llegado a Nueva York, ofreció grandes cantidades de cecina a cuarenta dólares la barrica, que los negociantes le aceptaron sin regatear, burlándose de él porque, como se figuraban que la guerra iba para largo, le pronosticaron la próxima alza de la cecina hasta sesenta dólares la barrica. Sin embargo, Armour siguió vendiendo. Grant prosiguió su marcha y se apoderó de Richmond; la cecina bajó a doce dólares la barrica y Armour hizo un bonito negocio de dos millones de dólares.

Juan D. Rockefeller halló la ocasión en el petróleo al ver la escasez de alumbrado doméstico en los Estados Unidos, pues aunque el petróleo abundaba, era todavía tan imperfecta su refinación, que el producto salía de inferior calidad y de uso muy arriesgado. Aquí de la suerte de Rockefeller. Se asoció con Samuel Andrews, mozo de la tienda de máquinas donde ambos habían trabajado, y gracias al procedimiento de refinación

descubierto por éste, lanzaron al mercado, en 1870, el primer barril de petróleo destilado. Así elaboraron un aceite mineral de superior calidad y prosperaron rápidamente. Después admitieron por tercer socio a Flagler, de quien disgustado por último Andrews, trató de separarse de la compañía. Entonces le preguntó Rockefeller:

— ¿Cuánto quiere usted por su parte?

Andrews anotó cuidadosamente en un pedazo de papel: «Un millón de dólares». Al cabo de veinticuatro horas Rockefeller le entregó la cantidad pedida, diciéndole:

—Más barato es un millón que diez.

En veinte años los negocios de la modesta refinería, apenas evaluada en mil dólares entre edificio e instalación, la convirtieron en la poderosa compañía *Standard Oil Trust* con capital de noventa millones de dólares, existencias por valor de 170 y giro por 150.

Algunos otros ejemplos podríamos citar del aprovechamiento de ocasiones para acumular capitales; pero por fortuna hay una nueva generación de ingenieros, intelectuales, artistas, escritores y poetas que encuentran ocasiones, bastante espinosas por cierto, *de algo más noble que amontonar riquezas*. La opulencia no es un fin por el que se haya de luchar, sino un medio aprovechable; no es la cumbre, sino un incidente en la vida del hombre.

Una señora cuáquera, llamada Isabel Fry, halló favorable ocasión en las cárceles de Inglaterra. Por los años de 1813 yacían amontonadas de trescientas a cuatrocientas mujeres en la cárcel de Newgate, en Londres, en espera de que se viera su causa. Como no había camas, dormían niñas, jóvenes y viejas revueltas en el suelo sobre inmundos andrajos, pues nadie cuidaba de ellas y el gobierno inglés tan sólo les proporcionaba el sustento indispensable para no morir de hambre. La señora Fry visitó la cárcel de Newgate y consoló a la quejumbrosa turba de mujeres, diciéndoles que tenía el propósito de establecer una escuela para jóvenes y niñas con maestra elegida de entre las mismas presas, quienes celebraron el pensamiento y eligieron para el cargo a una joven procesada por haber hurtado un reloj. Al cabo de tres meses aquellas «bestias salvajes», como se las solía llamar, se tornaron inofensivas y cariñosas. La reforma tuvo tal éxito, que el Gobierno le dió carácter oficial y buen número de señoras se interesaron en la obra de educar y vestir a aquellas desdichadas. En ochenta años las escuelas carcelarias se difundieron por el orbe civilizado.

Cierta vez atropelló un carro a un niño en la calle. La sangre brotaba de la rota arteria. Nadie sabía qué hacer en socorro del herido, hasta que otro niño, Astley Cooper, vendó con su pañuelo

la herida y contuvo la hemorragia. Las alabanzas que recibió por haber salvado de este modo la vida de aquel muchacho, le estimularon para llegar a ser famoso cirujano.

Dice a este propósito Arnold:

Ya le llegará a todo cirujano novicio la hora de hallarse frente a frente de su primera operación peligrosa. El cirujano de nombradía está ausente. El tiempo apremia. Vida y muerte penden de la balanza. ¿Está el joven cirujano al nivel de la contingencia? ¿Puede substituir al cirujano de fama? Si así es, ningún otro hará falta. *La ocasión le da en rostro.* Están frente a frente. ¿Confesará su ineptitud o dirigirá el paso hacia la gloria y la fortuna? A él le toca decirlo.

¿Estáis preparados para las grandes ocasiones? Cuenta James T. Fields el siguiente caso:

Fué Hawthorne cierto día a comer en casa de Longfellow acompañado de un amigo de Salem. De sobremesa, dijo el amigo que le había propuesto a Hawthorne la idea de escribir una novela basada en una leyenda acadiana, cuyo argumento era que, cuando la dispersión de la raza, una muchacha quedó separada violentamente de su novio y pasó la vida buscándolo por todas partes hasta que, ya vieja, lo encontró moribundo en un hospital. Longfellow se admiró de que este argumento no hubiese estimulado la imaginación de Hawthorne y le dijo a su vez que si no pensaba utilizarlo le consintiese componer un poema sobre el mismo tema. Accedió Hawthorne, con promesa de no tratar el asunto en prosa hasta que Longfellow lo hubiese compuesto en verso. Longfellow aprovechó esta ocasión para dar al mundo su *Evangelina o el destierro de los acadianos.*

El ojo avizor descubre ocasiones por doquiera; los oídos atentos no desoyen jamás el clamor de los necesitados de auxilio; los corazones levantados nunca exigen prendas valiosas sobre que prestar sus dones; las manos generosas jamás dejan de ocuparse en alguna noble tarea.

Todo el mundo había echado de ver que el agua de una vasija sube de nivel cuando se introduce en ella un cuerpo sólido, sin que nadie advirtiese que el sólido desaloja exactamente su mismo volumen de líquido; pero al observar Arquímedes el fenómeno, le reveló un fácil procedimiento de medir el volumen de los cuerpos geométricamente irregulares.

Todo el mundo había notado que al impulsar un peso suspendido, seguía moviéndose hasta que la resistencia del aire anulaba el movimiento; pero nadie dió la más leve importancia a este fenómeno, hasta que el joven Galileo, al ver oscilar una lámpara en la catedral de Pisa, indujo de la regularidad de aquellas oscilaciones el utilísimo principio del péndulo. Ni aun las estrecheces de una cárcel fueron parte a debilitar sus ansias de investigación, porque experimentando con las pajas del jergón aprendió valiosas lecciones sobre

la resistencia comparativa de los tubos y varillas del mismo diámetro. Durante siglos habían considerado los astrónomos los anillos de Saturno como extraña excepción de las leyes a que atribuían el origen de los planetas; pero Laplace vió que en vez de ser excepción eran las únicas pruebas de las etapas de la evolución estelar, y con este mudo testimonio añadió un capítulo a la historia científica de la creación.

No había marino en Europa que dejase de sospechar la existencia de tierras más allá del Atlántico; pero le estaba reservado a Colón surcar el ignoto piélago y descubrir un nuevo mundo.

Innumerables manzanas habían caído del árbol sobre la cabeza de gentes distraídas, como para incitarlas a pensar. Sin embargo, Newton advirtió que la manzana caía al suelo por la misma ley que mantiene los astros en sus órbitas y retiene en cohesión los átomos.

El relámpago había deslumbrado los ojos y el trueno desgarrado los oídos del hombre desde los días de Adán, con el vano intento de revelarle la tremenda energía de la electricidad; pero Franklin escuchó las descargas de la celeste artillería que hasta entonces infundieran terror y demostró que el rayo es la manifestación de una irresistible y, sin embargo, regulable fuerza, tan abundante como el aire y el agua.

A semejanza de otros, estos hombres fueron diputados por eminentes, sencillamente porque aprovecharon ocasiones puestas al alcance de toda la raza humana. En la biografía de los hombres ilustres resplandece aquel proverbio de Salomón que dice:

> ¿Ves al hombre diligente en sus negocios? Pues se erguirá frente a frente de los reyes.

Ejemplo de este proverbio nos da la vida del laborioso Franklin, que tuvo amistoso trato con cinco reyes y se sentó a la mesa con dos de ellos.

Quien aprovecha la ocasión siembra una simiente que a su tiempo fructificará con provecho para él y para los demás. Todo el que honradamente trabajó en el pasado contribuyó con ello a mejorar las condiciones intelectuales y materiales de cada vez mayor número de gentes.

Al operario sobrio, frugal y hábil, al joven bien educado, al meritorio y al dependiente de oficina se les abren múltiples y amplios senderos de fácil acceso, cual nunca se conocieron hasta ahora, por donde alcanzar éxitos que la historia del mundo no había puesto aún al alcance de las clases modestas. Hace poco era muy escaso el número de profesiones. Hoy han aumentado de cuatro a cincuenta y de uno a ciento.

Entró cierto sujeto en el estudio de un escultor,

y al ver la estatua de una diosa cuyo rostro velaba la cabellera y tenía alas en los pies, preguntó:

—¿Qué estatua es ésta?

—La de la ocasión.

—¿Porqué tiene velado el rostro?

—Porque los hombres raras veces la conocen cuando se les pone delante.

—¿Y por qué lleva alas en los pies?

—Porque se va en seguida y ya nadie la alcanza.

Dijo un autor latino que la ocasión es calva, con un solo cabello en la frente, por el que pueden asirla los avisados; pero que si se escapa, ni el mismo Júpiter es capaz de volver a asirla.

Pero, ¿qué ocasión le valdrá a quien no pueda o no quiera aprovecharla?

Decía a este propósito el capitán de un buque:

Quiso la suerte que encontrara en mi ruta al infortunado vapor *América Central*. Caía la noche y el mar estaba muy alborotado, pero yo me puse al habla con el barco por si necesitaba auxilio. Su capitán, llamado Herndon, me dijo que hacía agua, y yo le pregunté si no sería mejor que los pasajeros vinieran desde luego a bordo de mi buque. Respondióme él diciendo que si podría yo escoltarle hasta el amanecer, y repuse que lo procuraría, aunque era mejor que *en aquel mismo punto* me enviase los pasajeros. Insistió Herndon en que lo escoltara hasta el amanecer; pero durante la noche se encrespó el mar de tal manera, que no pude mantenerme en la

situación requerida y perdí de vista el barco. Hora y media después de haber insistido el capitán en que lo escoltase hasta el amanecer se hundió el buque, y el capitán, la tripulación y la mayoría de pasajeros quedaron sepultados en los abismos del mar.

El capitán Herndon apreciaría, sin duda, en sus últimos momentos el valor de la ocasión desperdiciada; pero, ¿de qué le sirvió dolerse de su yerro? ¡Cuántas vidas sacrificadas a la vana esperanza de su indecisión! Como el capitán Herndon, los débiles, perezosos e indecisos no advierten el valor de las ocasiones hasta que la experiencia les enseña que agua pasada no muele molino.

Estos tales siempre yerran por demasiado presurosos o demasiado tardíos en cuanto emprenden. De ellos dice John B. Gough que tienen tres manos: la derecha, la izquierda y otra más pequeña que a las dos estorba. Cuando niños, fueron tarde a la escuela y no cumplieron sus deberes domésticos. De este modo contrajeron un hábito vicioso; y cuando, ya hombres, la responsabilidad los llama a capítulo, se figuran que mañana podrán resarcirse de la ocasión que no estuvieron ayer a tiempo de aprovechar. Explicarán mil maneras de ganar dinero en cualquier tiempo menos *ahora*, y también prevén cómo prosperar ellos y los demás en el porvenir, sin que sepan hallar la ocasión presente. *No saben aprovechar la ocasión.*

José Stoker era guardafreno de furgón en la línea de * y todos sus compañeros le querían en extremo por la jovialidad de su carácter y su afable trato con los pasajeros. Sin embargo, no comprendía la grave responsabilidad de su cargo y tomaba las cosas por el lado alegre, pues bebía más de lo regular y si alguien le reconvenía por ello, replicaba sonriendo con tanta amabilidad, que el otro creía haberse excedido en la reprimenda, porque le decía:

—Estoy perfectamente bien; no se preocupe usted.

Una tarde sobrevino una violenta tempestad de nieve que retrasó la marcha del tren. Stoker se quejó del trabajo extraordinario que se le venía encima e iba dando tientos al licor hasta ponerse un mucho alegre. Pero el maquinista y el conductor estaban alerta. Entre dos estaciones se detuvo bruscamente el tren por haber estallado un cilindro de la locomotora, y precisamente un expreso iba a llegar pocos minutos después por la misma línea. El conductor mandó a Stoker que diese la señal de peligro con el farol rojo; pero el guardafreno se echó a reir diciendo:

—No hay prisa. Voy a ponerme el gabán.

El conductor replicó severamente:

—No hay que perder ni un instante, porque va a llegar el expreso.

—Muy bien — repuso Stoker sonriendo.

El conductor saltó presuroso a la locomotora; pero el guardafreno se entretuvo en ponerse el gabán y echar otro trago para resguardarse del frío antes de tomar pausadamente el farol y dirigirse silbando con aire lento hacia el furgón. No había dado aún diez pasos, cuando oyó el resoplido del expreso. Quiso entonces precipitarse hacia la curva, pero ya era demasiado tarde. En un minuto de trágica brevedad la máquina del expreso embistió al tren parado y los escapes de vapor confundieron su estruendo con los gritos de angustia de los pasajeros.

Pasada la turbación del accidente, nadie pudo encontrar al guardafreno; pero al otro día lo hallaron en un pajar, balanceando en alto el farol apagado, ante un tren imaginario, y gritando con todas sus fuerzas: «¡Alto, que estoy aquí!»

Lleváronle a su casa y después a un manicomio, donde las más tristes voces que se oyen son las de:«¡Alto, que estoy aquí! ¡alto, que estoy aquí!», del infortunado guardafreno cuya negligencia ocasionó tantas víctimas, Muchos hombres darían años de vida por enmendar pasados yerros.

Dice a este propósito Alford:

Hay momentos de más valía que años enteros, porque no podemos recuperarlos. Los intervalos de tiempo no guardan proporción ni en su importancia ni en su valor.

En cinco minutos se puede mudar impensadamente el destino de toda una vida. ¿Y quién sabe cuándo tendrá a su disposición este decisivo instante?

Dice Arnold sobre el particular:

Lo que llamamos puntos de conversión no son ni más ni menos que ocasiones de efectos previamente determinados. Las circunstancias accidentales de nada sirven a los hombres que no saben aprovecharse de ellas.

El mayor inconveniente es que siempre andamos en acecho de una ocasión excepcional para allegar riquezas, fama y honores. Queremos maestría sin aprendizaje, conocimiento sin estudio y riquezas a crédito.

¿Qué hacéis ahí, ¡oh! gentes perezosas? ¿Acaso estaba ya toda la tierra ocupada antes de que nacieseis? ¿Ya no se deja cultivar la tierra? ¿Están tomados todos los puestos? ¿No hay ninguna ocupación vacante? ¿Se agotaron las ocasiones? ¿Están aprovechados ya todos los recursos de vuestro país? ¿Reveló la naturaleza todos sus secretos? ¿No hay medio de que utilicéis tan breves pero propicios momentos en vuestro propio progreso o en beneficio del prójimo? ¿Es tan violenta la lucha por la vida moderna que hayáis de contentaros con un modesto pasar? ¿Habéis tenido la dicha de nacer en esta progresiva época que en vuestro provecho acopia las experiencias

pretéritas, tan sólo para acrecentar vuestra vida puramente animal? Si nacisteis en una época y en un país donde la ciencia y el trabajo culminan como nunca ¿cómo podéis permanecer sentados con las manos cruzadas, pidiendo el auxilio de Dios en una obra para la cual os dió ya el necesario vigor y las requeridas facultades?

Cuando las aguas del mar Rojo detuvieron los pasos del pueblo escogido, impetró Moisés el divino auxilio y respondióle el Señor: ¿Por qué me llamas? Diles a los hijos de Israel *que sigan adelante.*

Con tanto como hay todavía por hacer en el mundo, que a veces una palabra cariñosa o un auxilio al parecer insignificante pueden librar del desastre a nuestros prójimos o alumbrarles el sendero del éxito; con la seguridad de que el honrado y perseverante esfuerzo nos ha de allegar los mayores bienes, y con la multitud de ejemplos que nos estimulan a la acción, cada momento nos coloca en el dintel de una nueva coyuntura.

No esperéis la ocasión. Determinadla vosotros mismos como la determinó Jorge Stephenson al aprender las cuatro reglas con un pedazo de yeso y por pizarra los mugrientos costados de las vagonetas de las minas de hulla. Determinadla como la determinó Napoleón en cien circunstancias al parecer «imposibles». Determinadla como en gue-

rra y en paz la determinaron *todos los caudillos de hombres*. El oro de nada sirve en manos de la pereza; pero el trabajo industrioso es el más abundante yacimiento aurífero.

En los negocios humanos hay un flujo cuyo bien aprovechado empuje lleva a la fortuna; pero si se desperdicia, todo es frivolidad y miseria. Hemos de seguir la corriente cuando nos podamos valer de ella, o resignarnos a perder nuestra ventura. Pero este flujo sólo crece una vez. Por lo tanto, aprovechad el momento en que os sonría la fortuna y os muestre el seguro camino que, si no os apartáis a un lado temerosos ni os detenéis, aunque el placer intente atajaros, os conducirá derechamente a la meta.

ADICIÓN DEL EDITOR

Aunque para la finalidad de esta obra bastarían los ejemplos con que el autor corrobora sus doctrinas, nos ha parecido conveniente añadir algunos casos históricos privativos de nuestra patria, en demostración de que también la raza ibérica ha dado al mundo hombres de carácter entero y recia voluntad, cuya vida estuvo iluminada por las más excélsas cualidades, a pesar de las adversas circunstancias que parecían oponerse a la actualización de sus fuerzas interiores.

La historia de España no cede a la de otros países en episodios dignos de servir de aliciente al robustecimiento de la voluntad humana; pero no es maravilla que los autores extranjeros omitan el referirlos, por cuanto España es una de las naciones menos conocidas de los publicistas europeos y americanos, con excepción de unos cuantos que, por haberse dedicado al estudio de nuestro país, merecieron el título de hispanófilos.

También hubo y hay en España hombres ilustres que nada debieron al favor y todo lo edujeron de sí mismos con su acierto en valerse de las ocasiones que el curso de la vida va deparando a todos los hombres, aunque pocos tengan la suficiente claridad de juicio y resolución de ánimo para determinarse a la obra en el momento más oportuno para el vencimiento. Porque así como, según cuenta Navarrete, mudó Colón de rumbo en su primer viaje movido por el vuelo de unas aves marinas y aquella mudanza alteró en un instante los destinos de todo un continente, así también en la vida de los individuos y las colectividades basta un momento de resolución